

VILARROIG, Jaime: ***Más allá de lo humano. Crítica al transhumanismo como soteriología científica y secular***, CEU Ediciones, 2025, 95 pp. ISBN: 978-84-19976-60-4.

El profesor Jaime Vilarroig Martín, especialista en Antropología filosófica y autor de numerosos trabajos en los que se ocupa tanto de distintos autores (Luis Vives, Francisco Vitoria, Unamuno, Ortega, Marías, Trias...) como de ideas en disputa (los mitos, las virtudes, la dignidad...), realiza en *Más allá de lo humano* una crítica implacable a uno de los temas de nuestro tiempo: el transhumanismo, peligroso y controvertido concepto que supone una profundización en ese mito del hombre nuevo tan exhaustivamente estudiado por pensadores como Dalmacio Negro. El ensayo, para lograr semejante propósito, se divide en siete capítulos cuyo contenido los trataremos a continuación.

El apartado inicial, tal como pide el trato con una idea no exenta de coloraturas y matices, concentra sus esfuerzos en perfilar una definición del transhumanismo. Aunque resulta difícil circunscribir a un par de oraciones un concepto al que sus promotores han dotado de rasgos a veces contradictorios entre sí, Vilarroig propone entender al transhumanista como alguien que "pretende trascender la humanidad para crear algo mejor que el ser humano, valiéndose para ello de la ciencia y técnica actuales. No solo quiere reparar lo dañado, sino mejorar lo presente. Trascendida la naturaleza humana, habríamos llegado al posthumano" (p. 18). El resto del capítulo, por lo demás, pasa revista a cómo algunos de sus ideólogos definen sus propios proyectos (FM-2030, Nick Bostrom y Raymond Kurzweil, principalmente) Todos ellos, diferencias al margen, fundan sus esperanzas en el poderío de la tecnología y, más concretamente, en los cuatro jinetes con los que esperan provocar el apocalipsis de la naturaleza humana tal como la conocemos: la nanociencia, la biotecnología, la informática y las ciencias cognitivas.

Sentadas las bases conceptuales, el segundo capítulo traza una genealogía filosófica del transhumanismo, rastreando sus precedentes a través del surgimiento de tres nociones: 1. La inexistencia de una naturaleza humana; 2. La necesidad de superar el ser humano; 3. La idea de que la tecnología nos transmutará. Entre los integrantes del primer grupo figuran desde los sofistas de la antigua Grecia hasta Heidegger y los existencialistas como Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir, cuya negación de una naturaleza humana sirvió para sentar las bases de la ideología de género. No faltan por el camino conspicuos representantes del humanismo renacentista como Pico della Mirandola con su imagen proteica del hombre, Hume con su imposibilidad de conocer las esencias de las cosas o Carlos Darwin con su visión en continuo cambio de las especies. En cuanto a quienes militan en la idea de que es forzoso superar al ser humano, cabe citar a Nietzsche con su concepto del superhombre, a Carlos Marx con su determinismo economicista según el cual un cambio en los medios de producción dará lugar a un cambio en el espíritu del hombre o, más recientemente, Peter Sloterdijk, quien propone alterar nuestra especie mediante un uso consciente de la técnica. Finalmente, entre aquellos



que creen devotamente en las posibilidades transformadoras de la tecnología, el profesor Vilarroig se detiene especialmente en Juan David García Bacca, quien hablaba —tomando prestado su léxico de la teología— de la transubstanciación del ser humano mediante la técnica.

El tercer capítulo, al igual que harán los dos siguientes, examina una de las ideas-fuerza que animan los desvelos de los transhumanistas: la posibilidad de conquistar la inmortalidad, ambición en la que el hombre de ciencias corre parejas con el visionario. Vilarroig, así, recoge en una primera sección las aportaciones procedentes del laboratorio, como la investigación sobre los telómeros, los intentos —todavía poco satisfactorios— de crioconservación, la incorporación de extensiones u órganos robóticos a nuestro cuerpo o, ya desde la ladera de la ciencia vecina a la ficción, la posibilidad de depositar nuestras conciencias en la web. El resto del capítulo, acto seguido, se dedica a desmentir la posibilidad de alcanzar esa inmortalidad y, en el caso de que semejante logro fuera posible, a desmontar el atractivo que algunos ven en tal condición. En cuanto a los argumentos que ponen en duda la solidez de tal ambición, uno de los más sencillos es que, por mucho que pudiera prolongarse la vida, sería difícil evitar el fallecimiento a causa de una enfermedad o de un accidente. Si a ello le sumamos la inevitabilidad de la entropía en todo sistema, el olímpico ensueño termina de derrumbarse. La indeseabilidad de la inmortalidad, finalmente, se muestra en gran medida a través del sentido común: ¿merecería realmente la pena una vida en la que, sin tocar el resto de las cosas, prolongásemos nuestra existencia hasta el infinitito, alcanzando niveles de decadencia y envejecimiento insospechados? La vida es digna de ser vivida cuando se ajusta a unos límites razonables a nuestra escala.

Otro de los sueños húmedos de los ideólogos del transhumanismo, al que se dedica el cuarto capítulo, es el de la invulnerabilidad, que no es otra cosa que la elevación al absurdo de la natural pretensión de toda criatura viviente de minimizar —e incluso evitar— el sufrimiento. El primer asunto al que pasa revista aquí el filósofo es la limitación del propio concepto de invulnerabilidad: si tal condición es meramente biológica (esto es, la supresión del malestar físico), quien la defiende debería repasar el ABC de la antropología filosófica: el hombre es un ser espiritual, histórico, y su dolor nunca es el mero padecimiento corpóreo. Y si, a causa de la pobreza de esa visión fiscalista, se quisiera llegar más lejos y suprimir otro tipo de sufrimientos psíquicos y espirituales, se derrocaría con ello toda grandeza humana, inexplicable sin la lidia constante y cotidiana con la adversidad.

A continuación, el capítulo recoge una serie de argumentos, tanto inesenciales como esenciales, sobre la invulnerabilidad del hombre. Los primeros —muchas veces argüidos por parte de los críticos con el transhumanismo— no apuntan a la substancia del problema y descuidan la categoría por haber batallado demasiado a favor de la anécdota. Me limitaré a citar uno de los ejemplos que ofrece Vilarroig: el argumento de que, una vez abolido el sufrimiento, se acentuaría la brecha entre ricos invulnerables y pobres vulnerables no parece muy sólido porque, de hecho, ya existen grandes divisiones en la humanidad no menos relevantes. Por lo que concierne a los argumentos de mayor envergadura filosófica, lo primero que se rechaza es la posibilidad *de facto* de tal invulnerabilidad y, en segundo término, la idea de que semejante estado —como ocurría

con la inmortalidad— pudiera ser de algún modo deseable. Sin la posibilidad de ser heridos, de padecer, resulta inconcebible el amor y todo lo que ello acarrea.

La última de las ideas-fuerza del transhumanismo que aborda Vilarroig es la de la posibilidad de ser mejorados como especie; o, dicho más claramente, de optimizar la naturaleza humana. En este caso, los transhumanistas se apoyan, sobre todo, en la genética, la farmacología y la robótica, mezclando indiscriminadamente correcciones lógicas de defectos como la miopía con utópicas quimeras. El profesor de la Universidad CEU Cardenal Herrera se sirve, en este caso, del arsenal de argumentos proporcionados por tres pensadores: Habermas, que considera que la elección por parte de los padres puede traducirse en que los hijos, entre otras cosas, se perciban menos; Fukuyama, que apuesta por defender la idea de naturaleza humana en tanto que única vía para sostener los derechos humanos; o Sandel, que entiende la vida —los hijos— como un don y no como un capricho de los padres. Al final, barajando las opiniones de estos y otros pensadores, Vilarroig apunta que, incluso en la sociedad ideal en la que no se diesen desigualdades, “el paraíso transhumanista, en esta versión, sería el más espantoso infierno de la homogeneidad: todos perfectos y todos grisáceamente iguales” (p. 74).

Concluido este tríptico de críticas a las principales ideas del transhumanismo, el séptimo capítulo se consagra a poner de manifiesto el carácter religioso de esta ideología. En efecto, a pesar del militante ateísmo de muchos de sus promotores, el transhumanismo no es sino otra religión secular que, como sus hermanas mayores, invierte los valores católicos: “mientras que los cristianos predicán la humanización de Dios, los transhumanistas esperan la deificación del hombre” (p. 80). No faltan en estas filosofías, por lo demás, elementos comunes a toda religión como el sacrificio (se sacrifica el hombre en su estado actual), sus profetas (que sueñan un futuro robótico y utópico), su carácter salvífico, o la concepción del posthumano a imagen y semejanza de un dios.

Finalmente, Vilarroig dedica su último capítulo a rebatir varias de las falacias más comunes entre los transhumanistas, que me limitaré a mencionar aquí: la del imperativo tecnológico, la de erigir lo accesorio en esencial, la de apelar a la novedad o al pueblo, la del hombre de paja o la del falso dilema; argucias, todas ellas, empleadas por sofistas de aquí y acullá desde tiempos inmemoriales. Tras este escaso centenar de páginas, queda claro que el posthumanismo, por muy honrada que sea la voluntad de sus promotores, arrastra todas las sombras de las grandes ideologías del siglo pasado y, al igual que ellas, recordando de nuevo a Gómez Dávila, ignora que una sociedad ideal sería el cementerio de toda grandeza humana.

Carla María JUÁREZ PINTO

car.juarezpinto@uchceu.es

Universidad CEU Cardenal Herrera